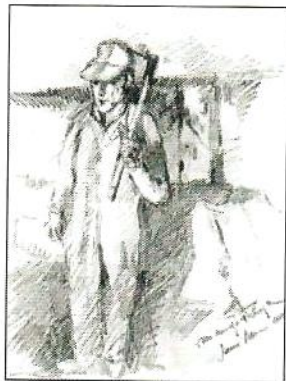


ADIOS A UN AMIGO

Fulgencio Saura Mira

Felipe Sáez Zapata ha muerto. Se lo han llevado los ángeles el día de las Animas Benditas. Felipe era un amigo del alma, compañero de verdad, de los que no suelen haber. Felipe era mi amigo, un huertano de pura cepa como le solía llamar.

-¡Cuánto he aprendido a tu lado amigo mío! La verdad es que cuando en esta mañana novembrina y triste me ha dado alguien la noticia, se me ha roto el alma, aunque sabía que tu enfermedad era mortal y eso que antes del verano estuvi-



Felipe visto por Saura Mira.

mos juntos y pudimos compartir alegrías varias en la huerta donde tú trabajabas, en la zona de la Era Alta y Nonduermas, lugares en los que me acompañaste para recoger la voz de los mas viejos, aquellas personas que conocías como nadie. Era por el mes de Julio y te preparabas para irte con tu mujer a la playa, a Mazarrón de tus amores y hasta me invitaste a pasar un día juntos en el mes de Agosto.

Te veía muy bien, como siempre, enjuerto y recio como la rama de una morena, con una mirada noble, la mas noble mirada que he sentido en mi vida, lúcida y sensible, leal sobre todo, como tu has sido y con lo que te vas, aunque me has dejado roto y solo.

Tu lo sabes amigo Felipe, porque en este tiempo tan extraño uno carece de amigos, no se saborea el concepto de la amistad desde la generosidad y la entrega, acaso porque todo está en función de lo que se es o se tiene, sin profundizar, sin calar en el alma.

Esta mañana bella de Noviembre, con su luz aquietada y frágil, los ángeles azules te han llevado ante el Padre, pues los dos creemos en el buen Dios, Padre nuestro. Te han presentado en el jardín de flores paradisíaco con moreras grises y banales como los que tu trajinabas, y hasta queda a tu lado el horno de tus navidades familiares, el que me dijiste que pintara y no lo he hecho todavía, pues creía que tenía tiempo para gozar ese lienzo a tu lado, ¡Que le vamos a hacer!

Alguna vez hemos hablado de lo que significa la vida, sobre todo en aquellos momentos tan duros pasados en el Ayuntamiento de Alcantarilla, en los años ochenta. Estabas siempre a mi lado y cuando salía triste de una Sesión municipal, te acercabas a mi y me decías -¡Veniga Don Fulgencio, no se preocupe, que nos vamos a tomar un vaso de vino!

Fueron muchos los vasos de vino que nos tomamos en soledad, mientras me

aconsejabas qué tenía que hacer, de que forma adaptarme a las circunstancias, pues tanto tu como Josefina Pacheco me comprendíais y sufríais conmigo. También ella voló al Paraíso, como otros funcionarios a los que os debo mucho.

No pensaba que te ibas a ir tan pronto amigo Felipe, huertano de pro y de sabiduría. Apenas has gozado de tu reciente jubilación, Hace un año escaso me llamas-te para decírmelo y nos vimos con Ángel Riquelme nuestro común amigo, conversamos de casi todo y la vida se ofrecía hermosa. Querías disfrutar como un colegial, pues me decías que te encontrabas mejor que nunca, que íbamos a recorrer la huerta y que me enseñarías rincones olvidados que solo conocías, como ermitas y blasones pegados a los muros viejos. Sí, te necesitaba para todo esto y ahora, en este otoño e invierno nos pondríamos en contacto para ello. Era una ilusión que se ha quebrado, me han arrancado de cuajo instantes gozosos en tu compañía tan querida, pues tu Felipe, representabas para mi la esencia de la huerta entera, el pasado y el presente, la luz y el sonido de las acequias apartadas, el gesto y la figura, el rostro bello de la vida del huertano fundido en su trabajo. Todo te lo consultaba y siempre me dabas respuestas hermosas y hondas sobre la vida y la muerte.

Ahora estoy abatido y una congoja inefable me embadurnan los ojos porque nos has dejado en tu mejor momento, porque te has ido silenciosamente y sin perturbar el orden de las cosas como las golondrinas, como llega el ocaso y se extiende la luz sobre el horizonte. Te has ido cuando mas te necesitaba y siento no haber estado mas tiempo a tu lado, acaso por considerar que aún tenía tiempo para gozar contigo de momentos vitales.

Guardo todavía los teléfonos que me diste el verano pasado, pendiente de llamarte para ¡Tantas cosas!

Me has dejado huérfano de muchas

cosas amigo Felipe. Bien lo sabe Dios que te quería como a un padre, un hermano, mas que a mi mismo. Tú también por supuesto. Cuando requerías cualquier cosa estaba contigo y al igual tu cuando te necesitaba, porque la mistad era directa y plena, sin tapujos, como lo eras tú mismo y ahora lloro como un crío mientras escribo estos párrafos deslabazados pero con el corazón latiendo.

Hoy ha muerto un gran amigo, mi entrañable Felipe Sáez Zapata, tan leal como mi sombra y tan lleno de vida como la savia de nuestra huerta amada. Sabía que estabas muy enfermo y quise respetar tu dolor, se lo noté a tu querida esposa y compañera Carmen, tan sutil y amable conmigo, tan mujer y madre, tan sencilla

y generosa, formabais una familia ejemplar y os reuníais los inviernos con vuestros hijos en el hogar de Alcantarilla, en aquella calle tan entrañable, tan recogida y huertana.

Te has ido amigo, sin poder hablar del último verano y de nuestros proyectos, sin darte el libro prometido y no me canso de evocar tu rostro leal y fuerte, de viejo amigo huertano, tanto, que llevabas la huerta en tus ojos. Siempre amigo Felipe estarás en mi corazón.

Sí es verdad aquello de que cuando un amigo se va algo se pierde en el alma o lo de Miguel Hernández cuando evocaba a su amigo del alma, al que requería para "hablar de muchas cosas"

"Compañero del alma, compañero"